

3031

Las

Donnas de la

Camelia.

Moran

L. 7
Mariano Otero

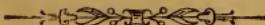
LAS
DAMAS DE LA CAMELIA.

ZARZUELA EN UN ACTO.

LETRA DE
DON JERÓNIMO MORAN.

MÚSICA DE
DON MIGUEL GALIANA.

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela la noche del 28 de
Setiembre de 1861.



MADRID.

—
CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de las Infantas, 34, bajo.

—
1861.

PERSONAS.**ACTORES**

JUANA.	SRTA. ESTÉBAN.
ANTONIA.	SRA. PORTUONDO.
DONA PERPETUA.	SRA. BARDAN.
MIGUEL.	SR. PASTOR.
LEON.	SR. FUENTES.
DON GANUTO.	SR. ARDERIUS.

La propiedad de esta zarzuela pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

En aquellos teatros donde el personal carezca de coros, queda autorizada la supresion de los de esta obra, cuya estructura se presta fácilmente á ello.

ACTO ÚNICO.

La acción pasa de noche en el jardín público de la Camélia.—Enramadas á derecha é izquierda, é iluminaci6n de farolitos de colores á la veneciana.

ESCENA PRIMERA.

Un baile en el foro y CORO de espectadores repartidos por el tablado.

CORO.

Feliz en la Camélia
el ánimo se ensancha :
la más novicia engancha
aquí más de un galán.
Bellas peinadoras,
lindas costureras,
las horas
lijeras
del tiempo fugaz,
pues de agudas presumís,
las podeis aprovechar
en las vueltas del shotís
de las polkas y del vals.

(Concluye el baile y se diseminan todos con algazara, en diversas direcciones.)

ESCENA II.

ANTONIA, que viene como perseguida por D. CANUTO.

HABLADO.

ANTONIA.

Jesus, qué moscardon! me tiene sofocada.

D. CANUTO.

Esta vez no te has de escapar sin escucharme.

ANTONIA.

Despache V. cuanto antes: qué es lo que tiene que decirme con tanto misterio?

D. CANUTO.

No lo has adivinado todavía?

ANTONIA.

Como no soy gitana...

D. CANUTO.

Así no lo fueras tanto, picarilla: pues bien, préstame un rato de atencion. Ya sabes, preciosa Antoñita, mi posicion social: empleado...

ANTONIA.

De muchas campanillas.

D. CANUTO.

Quién te ha dicho?

ANTONIA.

No es V. portero?

D. CANUTO.

Con un sueldo no despreciable.

ANTONIA.

Cinco mil del pico.

D. CANUTO.

Estimado generalmente...

ANTONIA.

Basta que V. lo diga.

D. CANUTO.

Por mi mucha capacidad.

ANTONIA.

Como que el cargo la requiere.

D. CANUTO.

De excelente salud, de robusta constitucion.

ANTONIA.

Buena debe ser, puesto que dura tantos años.

D. CANUTO.

Soltero.

ANTONIA.

Solteron.

D. CANUTO.

Para el caso lo mismo dá.

ANTONIA.

No dá lo mismo para el caso; y eso bajo la suposicion de que usted no me engaña.

D. CANUTO.

Yo engañarte?

ANTONIA.

Todo podria ser: sobre el particular, se entiende.

D. CANUTO.

Cierto que no estoy en la edad de los impetus, mas á los cincuenta años me parece...

ANTONIA.

Cincuenta? pues nadie le echaría á V....

D. CANUTO.

Claro que no.

ANTONIA.

Menos de sesenta y cinco.

D. CANUTO.

No fumo.

ANTONIA.

Eso me disgusta.

D. CANUTO.

Leo sin antiparras; no gasto peluca,

ANTONIA.

Pero gasta V. calva.

D. CANUTO.

Es de última moda.

ANTONIA.

No lo dicen más que los pelones: pero dónde va V. á parar con tanta letanía?

D. CANUTO.

Voy á parar... tienes razon. (Ya no falta más que el último arranque.) Voy á parar á tus pies... para... (En actitud de arrodillarse.—Antonia se lo impide con acento imperativo.)

ANTONIA.

Para!

D. CANUTO.

No: ya ha llegado el caso de postrarme ante tí para pedirte una palabra de salvacion... ó de muerte... (Arrodillándose: en este momento se presenta de improviso doña Perpétua en traje de baile exajeradamente ridículo, con un mirriñaque desmesurado.)

ESCENA III.

Dichos.—DOÑA PERPÉTUA.

PERPÉTUA (Con ademan dramático.)

Don Canuto!

D. CANUTO (Levantándose aturdido.)

Héla aquí! me lo estaba temiendo! (Se aparta á un lado, permaneciendo en una actitud de estupor.)

ANTONIA.

(Vaya un biombo!)

DOÑA PERPÉTUA.

Bonita peripecia! Nunca creí sorprender á V. en semejante disposicion; y si fuera con otra señora de circunstancias análogas á las mias... pero con una ribeteadora...

ANTONIA.

Costurera... con permiso de usía.

DOÑA PERPÉTUA.

Con una trastuela.

ANTONIA.

Quién es aquí la tras...

DOÑA PERPÉTUA.

Tú!

D. CANUTO. (Que continúa como alelado, señalando á doña Perpétua)

Héla!

DOÑA PERPÉTUA.

Eso es: entre los tres hemos dicho la palabra.

ANTONIA.

Más vale tomarlo á risa, porque si no...

DOÑA PERPÉTUA.

Cómo porque si no?... V. se me sube á...

ANTONIA.

Á las barbas... no es eso? Já, já!... cosa más divertida.

DOÑA PERPÉTUA.

Lo está V. oyendo, mancebo libertino? Aquí no solo se me suben á mayores, sino que se me insulta diciendo que se me suben á las barbas, como si yo fuera gastador de algun regimiento.

ANTONIA.

Gastador no, pero tiene V. traza de ser... gastadora... de palabras... en valde.

DOÑA PERPÉTUA.

Lo oye V., señor don Canuto?... esa es una diatriba.

ANTONIA.

La diatriba será V... A mí no se me ponen motes. Habráse visto con lo que se nos viene la señora doña Pomposa!

D. CANUTO.

Señoras, por Cristo: que estamos en un sitio público.

DOÑA PERPÉTUA.

Y si no fuera por eso...

ANTONIA.

Qué?

DOÑA PERPÉTUA.

Véngase V. conmigo, don Canuto. Está visto que aquí la que no corre...

ANTONIA.

Y bien... la que no corre?...

DOÑA PERPÉTUA.

Vuela.

ANTONIA.

Ah!... vuela.

DOÑA PERPÉTUA.

Qué es eso de abuela ¡insolente!

D. CANUTO.

Cálmese V. por Dios, doña Perpétua: lo que esta jóven ha dicho ha sido ¡ah!, interjeccion, y luego, vuela, tercera persona del presente de indicativo del verbo volar.

ANTONIA.

Precisamente: abuela en dos tiempos.

DOÑA PERPÉTUA.

Me convence, porque lo contrario seria una aberracion del entendimiento más obtuso.

ANTONIA.

Tuso!

DOÑA PERPÉTUA.

Si no mirara... pero no quiero sofocarme más, exponerme á una contingencia. (Paseándose descompuestamente y abanicándose.) Qué calor y con qué gentes se tropieza una, Dios mio! bochorno por activa y bochorno por pasiva.

ANTONIA. (Aparte á don Canuto.)

(Es algo de V. ese vagon de mercancías?)

D. CANUTO. (Lo mismo.)

(Es mi patrona.)

ANTONIA.

(Y ya se vé, donde hay patron...)

D. CANUTO.

(La debo unos cuartos.)

DOÑA PERPÉTUA.

Tienen ustedes algo que hablarse en secreto?

ANTONIA.

Preguntaba al señor si era V. su muger.

DOÑA PERPÉTUA.

Yo no soy muger de nadie: estoy en estado de merecer: en una palabra, soy moza soltera... y bien parecida.

ANTONIA.

(Al mismísimo Lucifer.)

DOÑA PERPÉTUA.

Y no necesito venir aquí á tomar el relente para que se me ponga el color insinuante... Tenia V. algo que mandar?

ANTONIA.

Nada absolutamente.

DOÑA PERPÉTUA.

Pues he dicho. Vámonos de aquí.—Deme usted el brazo, don Canuto.

D. CANUTO. (Aparte á Antonia al pasar.)

Vuelvo. (Á doña Perpétua conduciéndola del brazo.) Á casa tan pronto?

(Suenan la señal de baile y toca la orquesta una polka.)

DOÑA PERPÉTUA.

Eso quisieran más de cuatro remilgadas: á bailar esa polka íntima, que ya me está á mí bailando en el cuerpo.

(Váase por el foro, bailando una polka grotesca con don Canuto.)

ESCENA IV.

ANTONIA.

Vaya un par de originales! Bien dice el refran, Dios los cria y ellos se juntan. Por lo visto, el tal don Canuto está arreglado con su patrona, y se me viene á mí haciendo carocas. Habráse visto carcamal! Esto, sin embargo, no quiere decir que si viniera con buenos fines....

ESCENA V.

JUANITA.—ANTONIA.

JUANITA.

Gracias á Dios que doy contigo.

ANTONIA.

Estoy sofocada.

JUANITA.

No habrás perdido baile en toda la noche.

ANTONIA.

Pues mira, todavía no he bailado más que dos polkas, tres walses, cuatro shotis y cinco habaneras.

JUANITA.

Eso no vale nada. Y quién es aquel viejo tan larguirucho y tan pegajoso?

ANTONIA.

Ay hija!... Aquel viejo es un gran partido. Don Canuto Longoria, portero de... Á ver si me acuerdo... Portero de amor...

JUANITA.

Portero de amor?...

ANTONIA.

Tizacion.

JUANITA.

Ah! de amortizacion!

ANTONIA.

Se ha empeñado en casarse conmigo, y ya ves, está una que no sabe una...

JUANITA.

Quita allá! un novio de cincuenta años!

ANTONIA.

Mejor serian dos de veinte y cinco, pero esta no es una razon para desechar lo que se presenta. Ya ves cómo están los tiempos; no se encuentra un marido por un ojo de la cara. Y tú, perezosa, cómo has venido tan tarde?

JUANITA.

Cállate, muger, que la suceden á una tales cosas! Figúrate que la maestra me ha tenido clavada en el obrador, porque era preciso concluir un vestido para una novia.

ANTONIA.

Qué plaga! todavía no he visto una novia que no tenga prisa.

JUANITA.

Pues para remate de fiesta, cuando yo venia bebiendo los vientos, cádate que me sale al paso el músico del piso tercero.

ANTONIA.

El que nos aturde todas las noches con su trompa?

JUANITA.

El mismo... tan pesado!... y con su instrumento siempre debajo del brazo.

ANTONIA.

Por qué no le has enviado á pasear?

JUANITA.

Eso es precisamente lo que he hecho: le he citado para el Ariel, donde puede estarme aguardando hasta el día del juicio.

ANTONIA.

Ó hasta que nosotros le tengamos. Pues no faltaba más sino que viniera tambien á la Camélia á estorbarnos en nuestros negocios.

JUANITA.

Y esta noche en que espero tener aquí dos encuentros.

ANTONIA.

Juanita... parece que no desperdicias el tiempo... Serán dos guapos mozos?

JUANITA.

Tú conoces á uno: aquel del sombrero blanco, tan tronera, que hace estremecer los cristales del almacén y que me echa unos ojazos...

ANTONIA.

Ah!... sí, ya me acuerdo: pues yo habia creído que sus guiños se dirigian á mí.—Y el otro?

JUANITA.

El otro se llama Miguel Pintado.

ANTONIA.

Ay chica!... ese debe ser un novio de buen agüero... el mejor de los novios: ya sabes; cuando tenemos uno que nos llena, solemos decir de él que ni pintado.

JUANITA.

Pues es verdad! Y yo que no habia caído en ello!... Pero es tan cobardote... apenas se atreve á dirigirme la palabra.

ANTONIA.

No te fies... los hay tan atrevidos delante de gente que luego á solas dan unos petardos. Pero cuál de los dos?...

JUANITA.

No sé qué hacerme : he oido decir que los novios son una lotería...

ANTONIA.

Y temiendo no acertar...

JUANITA.

No me resuelvo á desechar á ninguno.

ANTONIA.

Lo mismito que yo ; porque, cómo ha de caer un terno jugando nada más que con un número?

JUANITA.

Pero lo que á mí me apura es que tengo que decidirme esta noche.

ANTONIA.

No te asustes por eso : pasemos revista á los dos y yo te aconsejaré.

JUANITA.

Convenido : escucha.

ANTONIA.

Vamos á ver.

MUSICA.

JUANA.

Por atrevido el uno
y el otro por cobarde,
los dos se me figuran
muy aceptables.

ANTONIA.

Con todo, amiga mía,
juzguémoslos por partes
para saber cuál de ellos
queda cesante.

JUANA.

El uno es un moreno,
 macareno,
 mozo atroz;
 que escupe por el colmillo
 y arma luego un caramillo
 y aturde todo corrillo
 con su voz.

ANTONIA.

¿ Y el oficio?

JUANA.

De gran cuenta:
 es cajista de una imprenta,
 si no miente la opinion.

ANTONIA.

¡ Es cajista de una imprenta!
 ¡ qué bonita ocupacion!
 ¿ Y el segundo?

JUANA.

Escucha pues.

ANTONIA.

La revista es de interés.

JUANA.

El segundo es uno rubio
 con más fuego que el Vesubio,
 aunque helado al parecer.

Si mira
 suspira,
 y tiembla cuando arde
 parado y cobarde
 ante una mujer.

ANTONIA.

¿ Y á qué oficio se dedica?

JUANA.

Es mancebo de botica:
¿qué te, á, ele, tal?

ANTONIA.

No me parece mal.
Machacando, destilando,
recojiendo, empapelando,
sin saber cómo ni cuándo
hacen todos gran caudal.

LAS DOS.

Ja, ja, ja, ja,
Machacando, destilando, etc.

JUANA.

El cajista
la pista
me sigue;
y el otro
en un potro
me viene
á poner.
Yo no sé por Dios
á cuál de los dos
debo de escojer.

ANTONIA.

El cajista
la pista
te sigue,
y el otro
en un potro
te suele
poner?
Uuo de los dos
cuanto antes, por Dios,
debes escojer.

(Repiten á duo y desaparecen por el foro enlazadas y bailando.)

ESCENA VI.

LEON y MIGUEL.

HABLADO.

LEON.

Eso es lo más gracioso del mundo. Conque todavía te pones colorado cuando una prógima te dirige su mirada?

MIGUEL.

No lo puedo remediar : sobre todo cuando me mira dos veces seguidas.

LEON.

Qué tonto!... pues eso prueba cabalmente que la has hecho efecto á la primera. Deja de ser niño , Miguel, porque á ese paso nunca podrás alabarte de hacer muchas conquistas.

MIGUEL.

Pues cómo te las compones tú? Vamos á ver.

LEON.

Es la cosa mas sencilla del mundo : hé aquí el órden. Primer procedimiento : la mirada , como si dijéramos, la obertura.

MIGUEL.

De ahí no he podido yo pasar en mi vida. Y despues?

LEON.

Siguiendo el curso natural, la mirada , cuando es correspondida, dá pié para entablar conversacion.

MIGUEL.

Y despues?

LEON.

En el calor del diálogo se pide una cita.

MIGUEL.

Y despues?

LEON.

En el calor de la cita se despliega la retórica más elocuente.

MIGUEL.

Y despues?

LEON.

En el calor de la retórica más elocuente... pero, hombre, me parece que no es cosa de enseñarte toda la materia en una sola lección.

MIGUEL.

Tampoco está en el orden interrumpir en el punto más interesante. Vamos á los ejemplos. Cómo te arreglas en un caso dado?

LEON.

Segun y conforme. Hay infinidad de maneras. Verbigracia: te hubiera á tí ocurrido jamás fingirte tísico para agradar á una muger?

MIGUEL.

Tísico?

LEON.

Parece que te sorprende; pues mira, esto suele producir efectos maravillosos.

MIGUEL.

De veras?

LEON.

Aquí donde me ves, yo he estado tísico tres veces y me he axfiado cinco. Te asombra?... Está visto que no conoces la fuerza del sentimiento.

MIGUEL.

Que no conozco el sentimiento!... Demasiado por mi desgracia. Cuando me paseo por el Prado y una muger hermosa dirige hácia mí sus ojos, aquella mirada penetra hasta lo más hondo de mi corazón. Si llego á sentir el roce de su vestido, tiemblo como las hojas en el árbol... El sentimiento! Lo que puedo decirte es que hay demasiado amor en mí para un hombre solo... y que esto no puede seguir así, porque tengo dentro de mi cabeza más de cuarenta y cinco mugeres.

LEON.

Pero sin obsequiar á alguna en particular?

MIGUEL.

Sí, hombre; á una vecina, cuyas ventanas dan en frente de mi habitación. Una chiquilla deliciosa, morena, con ojos azules; pero no sé todavía á qué atenerme con respecto á ella.

LEON.

Á ver, á ver, explícate.

MIGUEL.

Cuando yo miro hácia su cuarto, me parece que ella mira hácia el mio: cuando mi ventana se abre... plaf! tambien se abre la suya. Cuando mis ojos se dirigen hácia los suyos, los suyos se vuelven hácia los míos: cuando de resultas de esto me quedo cortado...

LEON.

Ella se corta tambien?

MIGUEL.

Nada de eso; se echa á reir en mis hocicos.

LEON.

Tiene más talento que tú... Y se puede saber quién es esa niña?

MIGUEL.

Una oficiala de modista.

LEON.

Dónde tiene el taller?

MIGUEL.

En la calle de la Montera.

LEON.

Su nombre?

MIGUEL.

Juanita.

LEON.

Qué oigo!... La Juanita que trabaja en la calle de la Montera, morena, con los ojos azules?

MIGUEL.

Y cuya ventana dá frente por frente de la mia.

LEON.

Pobre Miguel!... te compadezco.

MIGUEL.

Por qué?

LEON.

Porque yo tambien he tendido mis redes á ese hermoso pájaro.

MIGUEL.

Tú!

LEON.

Sí, hombre, sí: hay más; llevo bastante adelantada la conquista, y si me ves aquí esta noche, es porque Juanita me ha dado á entender que vendria á bailar á la Camélia.

MIGUEL.

Será posible?

LEON.

Como lo oyes.

MIGUEL.

Y yo que creia adivinar en ella!... porque mis miradas y las suyas... De todos modos es igual... yo iré adelante y truene por donde quiera.

LEON.

Serénate, y no vayas á perder el juicio por tan poca cosa. Bien conoces que en estas materias no te será fácil competir conmigo. Así, pues, ganarás mucho renunciando á Juanita.

MIGUEL.

Que renuncie á Juanita?

LEON.

Y qué remedio? Yo me propongo enseñarte á triunfar del bello sexo, haciendo su conquista en tu presencia.

MIGUEL.

Pero eso es muy duro para un hombre que ha consentido... porque al cabo Juanita y yo...

LEON.

Aquí encontrarás esta noche otras cien mugeres bonitas. Te gustan las jamonas?

MIGUEL.

Segun y conforme.

LEON.

No faltará hoy á la Camélia cierta doña Perpétua...

MIGUEL.

El nombre no es una gran cosa.

LEON.

Pero ella es una gran mujer... Te lo repito; mi principal objeto es iniciarte en el gran misterio, enseñarte el arte de la seducción...

en una palabra , transformarte en un verdadero don Juan Tenorio.

MIGUEL.

Un don Juan Tenorio!

LEON.

Por de pronto no te pido más que una cosa. En cuanto tropece-
mos con Juanita...

MIGUEL.

Es lo que yo estoy deseando, tropezar con Juanita.

LEON.

Debes tratarla con aspereza.

MIGUEL.

Yo la diré cuántas son cinco.

LEON.

Y expresarte como un hombre picado, porque no cabe duda en
que tú has sido ofendido.

MIGUEL.

Conque tú crees?...

LEON.

Es preciso que la humilles. Pero chiton! no es aquella?

MIGUEL.

Sí, sí, la péfida!... yo la diré...

LEON.

Acuérdate que viene por mí.

ESCENA VII.

Dichos.—JUANITA, que llega acompañada de ANTONIA y D. CANUTO: esto
dos cogidos del brazo.—Poco despues DOÑA PERPÉTUA.

ANTONIA. (Despidiéndose de Juanita.)

Convenido: despues del wals volveremos aquí á buscarte.

JUANITA.

Yo no puedo valsar, porque se me anda la cabeza.

MIGUEL.

(Porque se la anda la cabeza!)

(Parte Antonia con D. Canuto en direccion al foro, y aparece doña Perpétua p.r el
mismo costado como espiándolos.)

DOÑA PERPÉTUA.

Se colmó la medida: yo necesito una venganza ruidosa y la tomaré.
(Vase tras de ellos.)

JUANITA.

(Los dos juntos! vaya una sorpresa desagradable.)

ESCENA VIII.

JUANITA.—LEON.—MIGUEL.

MIGUEL.

Ya nos guipó.

LEON.

Pues escucha y aprende. (Saludando.) Es V., encantadora Juanita? cómo había yo de imaginar tan delicioso encuentro?

MIGUEL.

(Estilo de seductor.)

JUANITA.

Ciertamente que semejante casualidad...

MIGUEL.

(Casualidad... por vida de...)

JUANITA.

Si no me equivoco, es mi vecinito el que se encuentra con V.

MIGUEL.

Justamente: he venido con este amigo que parece ser tenía aquí una cita... (Pues no se turba!) con cierta jóven que debía hallarse aquí... por casualidad.

JUANITA.

Qué le ha sucedido á V. que le encuentro tan demudado?

LEON.

Efectivamente: tienes descompuesto el semblante.

MIGUEL.

Es posible: la sorpresa de encontrarme aquí con la vecinita... y luego el placer consiguiente, porque aun cuando no haya venido por mí...

JUANITA.

Es que yo no he venido por nadie.

MIGUEL.

Conque por nadie?

LEON. (Aparte á Miguel.)

(Bien, chico!)

MIGUEL.

Como es V. libre para dar citas á quien quiera...

LEON. (Idem.)

(Soberbio!... aprieta más.)

JUANITA.

Dar citas?.. qué quiere decir eso?.. á quién las he dado?

MIGUEL.

No ha sido á mí ciertamente.

JUANITA.

Entendámonos... qué significa ese retintin?

LEON.

Tiene razon. Con qué derecho te propasas á hablar á Juanita con ese retintin?

MIGUEL.

Con qué derecho?... (Y casi tienen razon, con qué derecho?..)

LEON. (Aparte á Miguel.)

(Firme no cejes!)

MIGUEL (Completamente sofocado.)

Y á tí quién te autoriza para reconvenirme?

LEON.

La proteccion que todo hombre bien nacido debe á las hermosas.

MIGUEL.

Esas no son más que habladurías tuyas... fanfarronadas.

LEON.

Eres un nécio.

JUANITA.

Por, Dios señores!

MIGUEL.

Y tú un farfanton de mal género.

LEON.

Y tú un miserable á quien es preciso corregir de este modo. (Dándole un bofetón.)

MIGUEL.

A mí un bofeton!

LEON.

Cabal: y cuando quieras puedes venir por otro.

MIGUEL.

Eres tú el que va á venir al Prado conmigo.

LEON.

Al Retiro.

MIGUEL.

A donde quieras. (Van á salir: Juanita los detiene y llegan apresurados Antonia y don Canuto.)

ESCENA IX.

Dichos.—ANTONIA.—D. CANUTO y detrás de éste, cautelosamente DOÑA PERPÉTUA.

ANTONIA.

Qué escándalo es este?

MIGUEL.

Pero entretanto, allá vá la revancha. (Tira un cachete á Leon y lo recibe D. Canuto que acude á ponerlos en paz.)

D. CANUTO.

Por meterme á redentor.

LEON.

Ahí me los den todos.

D. CANUTO.

Jóven, me debeis una satisfaccion.

DOÑA PERPÉTUA que ha cogido las vueltas á D. Canuto sin ser vista por él, plantándole un bofeton.)

Y yo otra.

D. CANUTO.

Doña Perpétua!... Me lo estaba temiendo.

MIGUEL.

Salgamos.

LEON.

Salgamos. (Vánse los dos.)

JUANITA.

Se van á matar..

DOÑA PERPÉTUA.

Qué es eso de matarse?... Un hombre de menos : pues no faltaba más. Á esos, á esos, detenerlos !

D. CANUTO.

(Buena ocasion para escurrir el bulto!) Á esos! á esos ! (Al escapar corre tras él doña Perpétua y le detiene por los faldones.)

DOÑA PERPÉTUA.

Á usted no le han dado vela para ese entierro.

D. CANUTO.

(Al tuyo iria yo de muy buena gana.)

JUANITA.

Qué vá á suceder aquí, Dios mio !

ESCENA X.

Dichos.—EL CORO.

MUSICA.

CORO.

¡Qué ruido es este
cuyo fragor
turba del baile
la diversion?

JUANITA.

Dos caballeros
con furia atroz
van á matarse
sin compasion.

CORO.

¡Un desafio!
diga por Dios:

¿cuál de ese duelo
fué la ocasion?

ANTONIA.

Nunca habrá sido
cosa mayor.

JUANITA.

Causa muy grave:
un bofeton!

Coro y ANTONIA.

¡Un bofeton!

JUANITA.

Sí, un bofeton!

DON CANUTO.

No ha sido uno,
pues solo yo
he recibido
lo menos dos.

DOÑA PERPÉTUA.

Pero el segundo
fué con razon;
y hay otro en ciernes
mucho mayor.

JUANITA.

Vamos todos, señores, tras ellos;
vamos, vamos aprisa á evitar
que den un escándalo
y caiga el descrédito
por esos dos jóvenes
sobre este lugar.

(Repíte con una parte del coro que se une á ella: la otra parte canta al mismo tiempo lo siguiente.)

CORO.

¿Quién nos mete á nosotros en bromas?
eso es cuenta para ellos no más:
nosotros la música,

el baile, el estrépito
y el intimo júbilo
que inspira el compás.

(Vanse todos tumultuosamente dirigiéndose al foro por lados opuestos.)

ESCENA XI.

MIGUEL y LEON.

HABLADO.

MIGUEL.

Acabemos de una vez: qué significan estas pantomimas?... Para qué volvemos al mismo sitio?

LEON.

Chist!... (Señalando á los que salieron.) No lo oyes, hombre? van á bus-carnos.

MIGUEL.

Bien, y eso, qué?

LEON.

El modo de que no den con nosotros es permanecer en el mismo sitio que acaban de abandonar.

MIGUEL.

Pero, en fin, señor mio; despues de todo, me parece que por este camino no se sale pronto del paso.

LEON.

Al contrario... chist!... marcha todo soberbiamente.

MIGUEL.

Me parece que...

LEON.

Chist!... Lo que es no entenderlo: ya se ha dado el primer golpe.

MIGUEL. (Llevándose la mano á la cara.)

Demasiado lo sé, puesto que he sido yo quien lo ha recibido. Por eso no quiero aguardar á que el carrillo se me enfrie. Ya es tiempo de que nos entendamos los dos á solas.

LEON.

Riamos á duo, hombre , y no me pongas ahora esa cara de vinagre.

MIGUEL.

Creo que el caso...

LEON. (Riéndose.)

Já, já... esto es delicioso. Con que tú lo has tomado por donde quema ?

MIGUEL. (Volviéndose á llevar la mano á la megilla.)

Como que la tengo echando lumbre... y semejante villanía...

LEON.

Será posible, jóven incauto, que no te hayas apercibido de mi astucia? Luego no has comprendido que este era el principio de la leccion convenida entre los dos?

MIGUEL.

Qué es lo que oigo?...

LEON.

Sí, amigo , sí : la primera leccion en el arte de seducir al bello sexo.

MIGUEL.

Con que toda aquella furia?...

LEON.

No era otra cosa más que la leccion.

MIGUEL.

Aquellas indirectas?..

LEON.

La leccion.

MIGUEL.

Perfectamente... mas... y la bofetada?

LEON.

La leccion, siempre la leccion... Cuán niño eres ! No haber caido desde luego que todo ello era una pura broma.

MIGUEL.

Con que todo ha sido fingido ?

LEON.

Está claro : todo cuanto yo he hecho no ha sido más que por se-

ducir á Juanita... Aparentar... hé aquí la base de mi sistema. Aparentemos ahora que nos batimos, y créeme, el éxito para mí no es dudoso.

MIGUEL.

Pero tambien podias haber aparentado que me plantabas el bofetón.

LEON.

Qué vale eso? Un soplamocos de más ó de menos no merece la pena, cuando es posible que antes de mucho, tenga que recurrir á medios más enérgicos.

MIGUEL.

Poco á poco: no comprendo entonces la ventajas que yo voy á sacar de tu sistema de educacion.

LEON.

Lo comprenderás así que veas el efecto que produzco sobre Juanita cuando crea que me he batido por ella.

MIGUEL.

Hombre, qué idea!

LEON.

Que estoy herido; porque tú me habrás herido.

MIGUEL.

Ciertamente que eso es ingenioso.

LEON.

Dime ahora; podrá ella no interesarse por el valiente jóven que haya defendido su honor, atacado por un hombre vil... el hombre vil serás tú.

MIGUEL.

Yo el hombre vil?... Esto es sublime.

LEON.

Ya ves si adelantas en el arte de seducir al bello sexo.

MIGUEL.

Con todo, el aprendizaje me parece un poco duro, porque el bofetón...

LEON.

No quieres acabar de comprender que te le he dado en broma.

MIGUEL.
Así será, pero yo le he recibido de veras.

LEON.

Te aseguro que antes de un cuarto de hora me darás las gracias: voy en dos brincos aquí al lado, á casa de mi amigo Recio, que es un tirador de primera. Ya verás... aguárdame aquí un momento.

ESCENA XII.

MIGUEL.

Será como él lo afirma, pero hasta el presente no voy ganando gran cosa que digamos... Ay Juanita, Juanita!... Cómo es posible que yo renuncie á tus atractivos, á tu picaresco rostro y á tus piés pequeñuelos, encerrados en aquellas botitas verdes... Yo no sé qué es lo que ha hecho conmigo esa chiquilla que desde hace cinco semanas que la conozco no puedo apartarla de mi imaginacion!

MUSICA.

En todas partes donde me encuentro
y donde quiera busque mi centro,
hallo su cara de rosicler:
¡ Ay qué mujer! ¡ ay qué mujer!

Entre los frascos de la botica
su imágen bella se multiplica
y los potingues echo á perder.
Y en los delirios
de mis ensueños,
bebo colirios,
chupo beleños,
distruido
abstraído
de mi ser.

En todas partes donde me encuentro, etc.

Ella es de fuego, yo soy de cera,
 cómo resisto su viva hoguera
 sin derretirme, sin perecer!
 ¡ Ay qué mujer! ¡ ay qué mujer!

Hasta en la luna de mi espejuelo
 hallo sus ojos de azul de cielo
 cuando la barba me voy á hacer.
 Y quedo absorto,
 y me deleito,
 y al fin me corto
 más que me afeito
 hechizado,
 subyugado
 de placer!

En todas partes donde me encuentro, etc.

ESCENA XIII.

MIGUEL.—JUANITA.

HABLADO.

MIGUEL.

Aquí está... voto va al chápiro!... ya no sé qué decirle.

JUANITA.

(Ah!... es él... no se han batido todavía.) Si yo hubiera sabido
 que habia de encontrar á V. aquí...

MIGUEL.

Teme V. acaso que estorbe? pues me alejo.

JUANITA.

No lo decia por eso... al contrario...

MIGUEL.

Ah!... prefiere V.?.. pues me quedo.

JUANITA.

Deseaba saber por qué me ha tratado V. antes tan mal, y á qué debo atribuir sus indirectas.

MIGUEL.

Por vida del!... no me faltaba más que esto.

JUANITA.

Tratar de este modo á quien se decia pensando en V.: es algo sencillo, pero con el tiempo adquirirá la práctica del mundo y vendrá á ser un hombre como cualquiera otro.

MIGUEL.

Como cualquiera otro?... más hombre que otro cualquiera.

JUANITA.

Y despues... quién sabe?... tal vez acabemos por ser amigos.

MIGUEL.

Vuestro amigo?... yo, amigo de Juanita?... ah, qué felicidad!

JUANITA.

Pero está visto que V. no lo ha querido.

MIGUEL.

Cómo que yo no lo he querido?

JUANITA.

El proceder de V...

MIGUEL.

Mi proceder!... es verdad... ha sido estúpido, lo confieso... pero V. perdonará mis arranques y en lo sucesivo prometo ser manso como un pichon casero.

JUANITA.

Mas ese desafio...

MIGUEL.

Y bien ese desafio...

JUANITA.

Si V. quiere probarme su obediencia, nada más sencillo; evite usted ese lance.

MIGUEL.

Que yo lo evite, siendo el ofendido?

JUANITA.

Tiemblo solo de pensar en eso, y es preciso que se arreglen Vds. Yo estoy dispuesta á declarar que V. no me ha ofendido... que...

MIGUEL.

Y todo eso por mí! Ah Juanita! ahora es cuando debo batirme... sí, y me batiré... pero de veras.

JUANITA.

Qué quiere decir eso?

MIGUEL.

No como proyectaba aquel miserable, porque V. ignora lo mejor del caso... Leon me ha obligado á que la insulte á V.

JUANITA.

No lo comprendo...

MIGUEL.

Sí, Juanita; es indispensable que nos batamos: está tomada mi resolución; pero allí viene... Suplico á V. que nos deje solos.

JUANITA.

Pero me explicará V.?..

MIGUEL.

En breve lo sabrá V. todo; mas por el pronto es preciso que me conceda V. esta gracia.

JUANITA.

(Qué misterio será este?... ah!.. yo lo averiguaré, ocultándome entre estas ramas.) (Hace que se marcha, quedando oculta en el bosquecillo de la derecha.)

ESCENA XIV.

MIGUEL.

Qué es lo que acabo de oír?... será posible que la deliciosa Juanita?... sí, sí, ella me ama, porque esas medias palabras... Aquí está mi rival... nos veremos las caras.

ESCENA XV.

MIGUEL y LEON, que sale con un brazo vendado y dos floretes escondidos bajo la levita.

LEON.

Parece que aun permaneces solo?

MIGUEL.

Solo.

LEON.

Creo que no he tardado: la casa de mi amigo está ahí enfrente. Vamos, mírame bien... qué tal te parezco?

MIGUEL.

Perfectamente.

LEON.

Me alegro: hé aquí dos floretes, que harán la ilusion más completa... No admiras este brazo vendado, estos cabellos en desórden?

MIGUEL.

Lo ha dispuesto V. á las mil maravillas, pero tenga V. entendido que yo no suscribiré á farsas...

LEON.

Qué estás diciendo?... qué significa ese tono!...

MIGUEL.

Que no hay necesidad de heridas supuestas, ni de vendajes de comedia, porque yo amo á Juanita...

LEON.

Pero hombre, eso no es una noticia para mí.

MIGUEL.

Yo amo á Juanita... y, entiéndalo usted bien, ella me corresponde.

LEON.

Já, já!... está visto que esa muchacha acabará por volverte loco.

MIGUEL.

Usted me ha obligado á ser grosero con ella hace poco... pues bien, ahora yo se la disputo á usted á todo trance. Trae usted ahí dos floretes, tanto mejor... Venga uno de ellos, y despachemos. (Intenta arrebatar un florete á Leon y éste se lo impide.)

LEON.

Quita allá : estás haciendo el ridículo por completo.

MIGUEL.

Uno de esos floretes, ó te llamaré cobarde á voz en grito.

LEON.

Pero hombre, date á la razon, y escucha á lo menos dos palabras.

MIGUEL.

No hay razon que valga : uno de los dos tiene que dejar de existir... Despues hablaremos.

LEON.

Cuando digo que no sabes lo que te dices : cálmate, por tu bien, belicoso farmacéutico. Despues que me oigas, nos mataremos recíprocamente, si en ello persistes.

MIGUEL.

Sea cuanto antes : qué es lo que tiene usted que decirme?

LEON. (Dejando á un lado los floretes.)

Que te alucinas, que Juana no te ama, que no puede amarte despues de haberme visto á mí.

MIGUEL.

Enorme fatuidad !

LEON.

Inocente!... te ha puesto los ojos dulces y te has dejado sorprender... Las mujeres!... ah! las mujeres!... Tú no conoces todos sus ardides!... Juanita te engaña.

MIGUEL. (Vacilando.)

La prueba.

LEON.

Te la ofrezco.

MIGUEL.

Veámosla.

LEON.

La tendrás muy pronto. (Ya le dejó aturrullado.)

MIGUEL.

(Qué tono de seguridad! Si será cierto lo que dice?..) Leon, tú te equivocas.

LEON.

Equivocarme?... atiéndeme, pobre novato. Juanita volverá aquí, sin duda : pues bien, yo la hablaré... Y qué pensarás si yo te dijera de antemano todas las respuestas que ella me dará.

MIGUEL.

Ese no puede ser.

LEON.

Parece que te admiras?... Escucha, pues, y luego juzgarás si me engaño. En cuanto ella me divise, dirá...

MIGUEL. (Sacando una cartera.)

Aguarda : quiero asegurarme de la exactitud... aquí está mi cartera.

LEON.

Para qué se necesita?

MIGUEL.

Para sentar las respuestas que ha de darte Juanita.

LEON.

Lo creo inútil, puesto que tú mismo has de escucharlas.

MIGUEL.

Sin embargo, necesito la prueba escrita.

LEON.

Escribe, pues. En el momento que ella me aperciba, exclamará: Qué veo!... Estais herido?

MIGUEL. (Escribiendo.)

Ido.

LEON.

Y continuará: Cielos, por mi causa!... Me amais acaso?...

MIGUEL. (Id.)

Aso.

LEON.

Comprenderás que yo no iré á contradecirla. Hablaré con fuego y la rogaré que me diga si puedo esperar correspondencia : ella replicará con zalamería, poniéndose encarnada : Sois tan exigente!...

MIGUEL. (Id.)

Ente.

LEON.

Y yo : divina Juanita, es una palabra, una sola palabra la que necesito.—Y ella : aunque me causa rubor la respuesta que pedís...

MIGUEL. (Id.)

Is.

LEON.

Puesto que es empeño, yo amo, sí ; y en seguida sus lábios hechiceros dejarán escapar el nombre de Leon.

MIGUEL.

Soy hombre al agua.

(Juanita tose detrás de las ramas para anunciarse.)

LEON.

Punto en boca: aquí la tenemos. Escóndete entre ese ramaje: es-
cucha y pásmate.

MIGUEL. (Retirándose entre el ramaje al lado opuesto por donde debe entrar Juanita.)

Sí, allí podré hacer á mansalva mi confrontacion.

LEON.

Diablo de cartera!... Si se la antoja responder lo contrario... pero,
bá! quién piensa en eso?

ESCENA XVI.

JUANITA.—LEON y MIGUEL escondido.

MUSICA.

(Juanita presentándose con aire malicioso.)

¡Ay Dios!... ¿qué es lo que veo?

¿estais herido?

LEON.

(Como yo lo esperaba.)

(MIGUEL asomando entre las ramas, con tono de afliccion cómica, y la cartera en al
mano.)

¡Fatal principio!

LEON. (Con afectada galanteria.)

No es esta herida

la que más daño me hace,

bella Juanita.

JUANITA.

¡Cielos y por mi causa!

¿me amais acaso?

LEON.

(Esto va viento en popa.)

MIGUEL.

(¡Malo, muy malo!)

LEON.

Tiempos ha que os adoro
 con ansia creciente,
 y el miedo ha sellado
 mis labios mil veces:
 hoy rompo el silencio,
 por Dios, respondedme,
 pongo en vuestras manos
 mi vida ó mi muerte.

MIGUEL (Asomando.)

¡Estoy en un potro!

JUANITA.

¡Sois tan exigente!..

MIGUEL (Cotejando.)

(Ente... ¡Dios me asista!
 está exactamente.)

LEON.

Pues entonces, Juana hermosa,
 ya no es cosa
 que os asombre,
 si á pedir me atrevo el nombre
 del mortal que preferis...

JUANITA.

Aunque gran rubor me cuesta
 la respuesta
 que pedís.

MIGUEL. (Cotejando.)

Eso es: que pedís:
 no doy por mi causa
 dos maravedis.

(Repite y con él á trio.)

LEON.

¡Á quién preferis?

(El triunfo que alcanzo
no es grano de anís.)

JUANITA.

¿Con que eso exijis?
(Poniendo va el mozo
la cosa en un tris.)

LEON.

Ah!.. conqué al cabo
podré saber...

JUANITA.

Pues que es empeño
yo lo diré.

MIGUEL.

(Abrete tierra
bajo mis piés.)

LEON.

Cesen mis ansias
ya de una vez.

JUANITA.

Pues bien... yo amo...

MIGUEL.

(Venga un cordel.)

LEON.

(Al fin triunfé.)

LEON.

¿A quién, Juanita?

JUANITA.

Amo á .. Miguel.

MIGUEL. (Presentándose de improviso, lleno de gozo.)

¡Miguel... Dios mio!

¿he oido bien?

¿quién me ha nombrado?...

JUANA. (Tendiéndole la mano.)

Yo.

LEON.

Me clavé.

JUANITA.

Porque me agrada
su timidez,
y porque siempre
le quise bien,
en su presencia
repetiré,
que el pecho mio
ama á Miguel,

(Repite y con ella á tres.)

MIGUEL.

De este naufragio
libre salvé,
cuando el abismo
pensaba ver.
Sea mil veces
bendita amen,
esa tu linda
boca de miel.

LEON.

(Puerto seguro
yo imaginé
el que era escollo
de mi bajel.
Disimulemos,
pues no está bien
que dé mi brazo
ahora á torcer.)

ESCENA XVII.

Dichos.—ANTONIA, D. CANUTO.

HABLADO.

ANTONIA.

Juntitos los tres... cuánto me alegro! Pero ay Dios!.. el brazo vendido... Se ha realizado el desafío?

JUANITA.

Conque tú creías?... ah! ah! saque V. ese brazo, señor matachin.

LEON.

(Aqui es preciso no perder el aplomo.) Ha sido un mero enredo inventado por mí en favor de mi amigo.

MIGUEL.

Le acabo de batir en toda regla y hé aquí el dulce premio de mi victoria. (Tomando la mano de Juanita.)

ANTONIA.

Pues qué... no es á Juanita á quien V. ama?

LEON.

Y es Antoñita la que me hace esa pregunta! la cruel que tiraniza mi corazon.

ANTONIA.

Bien lo decia yo, que era por mí por quien daba V. aquellos porrazos en el obrador.

LEON.

Oh dicha!... conque podré al fin lisonjearme?

ANTONIA.

Si hubiera V. acudido á tiempo... pero ya ve V.: á la ocasion la pintan calva y acabo de comprometerme para casarme...

JUANITA.

(Con algun guapo chico?)

ANTONIA. (Cogiendo de la mano á D. Canuto.)

Con el señor.

LEON (Mirándole de arriba á bajo.)

(Del mal el menos.)

D. CANUTO.

D. Canuto Longoria, portero de amortizacion, con cinco mil reales.

LEON.

Bonita posicion!

ANTONIA.

Y derechos pasivos.

ESCENA XVIII.

Dichos.—DOÑA PERPÉTUA con aire solemne.

DOÑA PERPÉTUA.

Qué incongruente está la noche!

D. CANUTO.

Virgen del Tremedal!

LEON. (Con galanteria, pasando á su lado.)

Mi amiga (y acreedora) doña Perpétua!

DOÑA PERPÉTUA.

Todo lo he oído, y puesto que uno y otro hemos tropezado con ingratos, anexionémonos, jóvenes.

LEON.

Convenido.

DOÑA PERPÉTUA.

Yo estoy dispuesta á perder mi autonomía.

LEON.

Sí, anexionémonos. (Dándole la mano.) Yo seré el Piamonte.

DOÑA PERPÉTUA.

Y yo, la Toscana.

LEON.

Efectivamente... (por lo tosca.)

MUSICA.

JUANITA.

El que piensa que acierta
con las mujeres
suele llevarse chascos
como el presente:
tomad ejemplo
no nos gustan leones
sino corderos.

LEON. (Al público.)

Tomad ejemplo:
no las gustan leones
sino borregos.

MIGUEL y CANUTO.

¡Malo me he puesto!
no las gustan leones
sino corderos,

DOÑA PERPÉTUA.

De todo es bueno:
unas veces leones
y otras corderos.

(Repiten todos juntos el estribillo.)

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 24 de Julio de 1861.

El Censor interino de Teatros, ANTONIO ARNAO.

